

hasta el extremo de que se los siente como un caramelo que comienza a hacer cosquillas en el paladar. «Finísimo, lentísimo, flaquísimos...». Algo también tiene que fallar en toda obra humana. Lo perfecto siempre está lejos de nuestras ambiciones.

El caso de «La Prensa»

A través de los siglos y acaso de los milenios se ha podido comprobar que el desarrollo de la humanidad, en su marcha hacia el progreso material, ha corrido a parejas con el destino del hombre en su ambición de conquistar la libertad. Las grandes jornadas históricas en que las religiones y las doctrinas de solidaridad humana, transformaron las costumbres y la moral de los pueblos, han estado en todo momento unidas al concepto de libertad, sentimiento que da una mayor elevación y dignidad a la vida del hombre civilizado.

La libertad es parte principal de la cultura y en la sensibilidad colectiva, el ideal supremo que ennoblece el pensamiento en su búsqueda de fórmulas más generosas y amables de convivencia social. El egoísmo oscurece los claros dictados del amor y convierte en despotismo y en esclavitud, en el gobierno de los pueblos, todo aquello que pudo ser comprensión y disciplina, dentro de la jerarquía que establece el carácter y la inteligencia. Desde los días del paganismo los pueblos necesitaron de una mentalidad superior que dirigiera sus destinos. Pero los jefes de clanes o los señores feudales, por falta de cultura y de sensibilidad, creyeron que el poder que ejercían, les venía por mandatos divinos. En la tribu y en el

feudo, no existía otra ley que la del señor cuya voluntad despótica, caía inflexible y cruel sobre el pueblo sometido a su vasallaje.

Fueron los grandes espíritus quienes por medio de disciplinas surgidas del dolor o de la meditación, los que enseñaron al hombre de la masa, que tenía un derecho engendrado, en un común origen. Esto lo aprendieron los pueblos europeos y después de las grandes conmociones humanas que agitaron su existencia, en algunos casos con fuerza demoledora de vendaval, los primeros en hacer uso del derecho que les confería su propia dignidad. El arte en sus variadas manifestaciones puso de relieve una mayor afinación en el carácter, dándole a las ideas una elevación que en los tumultuosos tiempos del paganismo nunca alcanzaron.

En América fué también necesario que los pueblos pasaran por esas etapas históricas. Y fué la cultura más que las armas, la que derribó el despotismo de los caudillos bárbaros. Sarmiento, el grande hombre de la tierra argentina, escribe un día sobre una piedra del camino, huyendo hacia Chile de la tiranía que imperaba en su patria: «Las ideas no se degüellan». Y ahora en el caso de «La Prensa», vuelve a tener actualidad su pensamiento. Las fuerzas del espíritu no pueden morir.

Los pueblos que alcanzaron su mayoría de edad al ejercitar los derechos que le confiere su madurez espiritual—y este es el caso de la Argentina—no se resignan a perder esa facultad de opinar y de publicar lo que piensan. Quien conculca tales manifestaciones no puede menos de recibir la reprobación de los hombres que han batallado porque la cultura sea la trinchera en donde se defiende la libertad de opinar.

El diario «La Prensa» de Buenos Aires, que tiene una tradición de pureza y honestidad, en la defensa de esos principios que elevan la condición humana, no se ha dejado abatir, ni ha abandonado la lucha por estos altos ideales. Sólo la fuerza y la imposición han logrado silenciar la voz del gran rotativo. Y por esta actitud todo el pensamiento de los hombres libres del mundo está con ella, dándole su apoyo moral.

«Atenea», revista que publica y mantiene una Universidad cuyo lema es «por el desarrollo libre del espíritu», no puede permanecer indiferente ante el trance que afecta tan hondo a uno de los órganos de publicidad más importantes del habla castellana. Al dejar constancia de nuestra protesta deseamos que se rectifique el criterio con que se le ha tratado. Y que los fueros de la libertad sean respetados en toda su integridad, cuando ese diario expresa sus puntos de vista, para apreciar sin limitaciones, lo que es hoy día, a su juicio, la verdadera realidad en la vida del pueblo argentino.